

y de la Iglesia, y eso hiere la soberbia del hombre.

Exije y predica al hombre el vencimiento de sí propio, y es dura y difícil la victoria sobre sí mismo. La virtud es perpetua y encarnizada lucha del hombre racional con el hombre carnal.

La impiedad es simpática y popular porque predica la absoluta libertad del hombre, quita todo freno, sacude todo yugo, arroja toda carga, señala como única guía a la razón individual, como única ley el enojo, como únicos móviles las sugestiones del placer y de la conveniencia.

El catolicismo hace remontar la corriente del río; la impiedad enciende a dejarse llevar por la corriente.

CORRESPONDENCIA.

Sr. J. M.—*Salamina*.—Recibimos el valor de una suscripción al 4º trimestre y la remitimos.

Sr. J. A. S.—*Calí*.—Se habían remitido ya á usted en Junio de 1876 los números 33, 34 y 35, correspondientes á trece suscritores. No existiendo ya ejemplares de esos números, es imposible complacer á dichos señores.

Sr. J. F.—*Santander* (Cauca).—Enviamos al señor doctor J. M. L. la suscripción que pide. El trimestre vale \$ 1 de ley.

Señores F. y A. F.—*Cartagena*.—Remitimos las otras dos suscripciones que nos piden, y seguiremos enviando las siete suscripciones. Respecto del otro asunto de que ustedes nos hablan, déjenlo ustedes dormir, y reciban nuestros agradecimientos.

Sr. J. D. J. y hermano.—*Ocaña*.—Van los números 9, 25 y 26, Año XI. Esperamos el envío del saldo que por suscripciones á dicho Año está en su poder. Respecto del otro asunto, déjenlo ustedes dormir.

Suplicamos á todos aquellos señores Agentes que deban cantidades por suscripciones, se sirvan remitirlas inmediatamente. No es justo cargar con los gastos de edicion, habiendo fondos sobrantes en las Agencias.

Suscripcion anual.....\$ 4
Al semestre 2
Como excepcion se admite suscribirse al presente trimestre (1º del Año XI), cuyo valor es de \$ 1 de ley.

ANUNCIOS.

VIDA DE PIO IX. — Este interesante libro de 258 páginas, adornado con el retrato fotográfico del ilustre Pontífice, se halla de venta á \$ 2 el ejemplar en pasta y á \$ 1-50 en rústica, en Bogotá, en las principales librerías, y en los Estados en las Agencias de EL ZINZA. 6-1

"EL BOLETIN INDUSTRIAL", periódico comercial y noticioso. — Se publica en Medellín los jueves de cada semana y la suscripción por cada seis meses vale 40 centavos. Actualmente ha principiado el 2.º semestre, año VII de este periódico, y se reciben suscripciones y anuncios en la Librería de Torres Amaya, 3.ª calle real, núm. 162. Bogotá.

El Agente, ALEJANDRO TORRES A.

ENRIQUE MALO MAYNE tiene el honor de ofrecer sus servicios como Catedrático en los ramos de instruccion primaria y secundaria.

Las clases puede darlas en colegios y casas particulares, por el método antiguo ó por el nuevo, y á precios equitativos.

Se encarga igualmente de llevar libros por el sistema de partida doble en los almacenes y casas particulares.

Las personas que deseen informes pueden tomarlos de los señores José Joaquín Ortiz, Ricardo Carrasquilla, Nicolás Tanco Paris, Manuel M. Paz y German Malo, tonador de libros este último en casa de los señores Lorenzana y Montoya.

La persona que desee ocuparlo se servirá dirigirse á su casa de habitacion, sita en la calle de los Carneros, número 36, una cuadra antes de llegar á la plazuela de La Capuchina, de las diez á las doce de la mañana, y de las tres á las cinco de la tarde. Bogotá, 23 de Enero de 1879. 3-1

IMPRESA DE P. TORRES AMAYA.

La Caridad

CORREO DE LAS ALDEAS

LIBRO DE LA FAMILIA CRISTIANA

3993 POR MI DIOS, POR MI PATRIA Y MI DERECHO.

CARTA DE SU SANTIDAD EL PAPA

LEON XIII.

Al señor Cardenal Mónaco de Lavalletta, Vicario general de Roma.

Señor Cardenal:

ENTRE los motivos de alegría y consuelo que desde los primeros dias de nuestro pontificado tenemos en gran número, por las indudables manifestaciones de reverencia y afecto que nos han enviado de todos los extremos del mundo, no nos faltaron graves amarguras por las condiciones generales en que se encuentra la Iglesia, en casi todas partes sometida á fiera persecucion, y por lo que veíamos acaecer en la misma ciudad de Roma, centro del Catolicismo y Sede augusta del Vicario de Cristo:

Aquí una prensa sin freno y periódicos de continuo consagrados á combatir la fe con el sofisma y la burla, á impugnar las sagradas razones de la Iglesia y á despreciar su autoridad; aquí templos de protestantes mantenidos con el oro de las sociedades biblias, aun en los parajes más públicos, como por insulto; aquí escuelas, asilos y hospicios abiertos á la incauta juventud con el aparente flautónico propósito de ayudarla en el cultivo de su inteligencia y en sus ma-

teriales necesidades, pero con el verdadero fin de formar una generacion enemiga de la Religion y de la Iglesia de Cristo. Y como el todo esto fuera poco, por obra de aquellos que por deber de oficio, están obligados á promover los verdaderos intereses de la vejeidad de Roma. Fue poco há decretada la supresion del Catolicismo católico en las escuelas municipales.

Providencia reprobable que viene á quitar tambien esta barrera á la herejia y á la incredulidad invasoras, y deja el camino abierto á nuevo género de extranjera invasion, tanto más funesta y peligrosa que la antigua, cuanto más directamente mira á borrar del corazon de los romanos el precioso tesoro de la fe y de los frutos que de ella se derivan. Este nuevo atentado á la religion y piedad de nuestro pueblo nos lleva al ánimo de una viva y desoladora afliccion, y nos obliga á escribir al señor Cardenal, que hace nuestras veces en el espiritual gobierno de Roma, la presente carta sobre tan triste argomento, para reclamar altamente de ello en presencia de Dios y de los hombres.

Y aquí desde el principio, en virtud de nuestro pastoral ministerio, nos es necesario presentar otra vez ante

El deber de todos los católicos, el deber gravísimo que por ley natural y divina les incumbe, de *instruir su prole* en las sobrenaturales verdades de la fe, y el deber que en una ciudad católica obliga á aquellos que la dirigen á facilitar y promover el cumplimiento de aquel deber. Y mientras en nombre de la Religión alzamos nuestras voces para proteger sus más sagrados derechos, queremos que aparezca de manifiesto cuánto esta inconsiderada deliberación sea contraria al verdadero bien de la misma sociedad.

Ciertamente no se sabría imaginar qué pretexto había podido aconsejar tal medida, si no fuese la irracional y perniciosa indiferencia en materias de religión, en la que se ve ahora crecer á los pueblos. Hasta ahora la razón y el mismo natural buen sentido enseñan á los hombres á prescindir de aquello que en la práctica no hubiese producido buen resultado ó por varias condiciones se convirtiese en inútil. Pero, ¿quién podrá afirmar que la enseñanza no haya producido hasta ahora buen resultado? ¿No fué la enseñanza religiosa la que renovó el mundo, la que santificó y embelleció entre los hombres las mutuas relaciones, la que hizo más delicado el sentido moral, y educó aquella conciencia cristiana que reprime moralmente los excesos, reprueba las injusticias y elogia á los pueblos fieles sobre todos los demás? ¿Se dirá acaso que las condiciones de la edad presente la hicieron inútil y nociva? Pero la salud y la prosperidad de los pueblos no tienen segura tutela fuera de la verdad y de la justicia, de las cuales la actual sociedad está tan vivamente necesitada y á las que el Catecismo católico conserva plenamente intactos sus sagrados derechos. Por lo mismo que fué causa de tantos frutos preciosos que se recogieron y se espera que continúen recogiendo de aquella enseñanza, debe desterrarse de las escuelas

públicas; al contrario, debe promoverse con todas las fuerzas.

Y esto exige también la naturaleza del niño, y las condiciones especialísimas en los tiempos en que vivimos. No se puede de ninguna manera renovar sobre el niño el juicio de Salomón, y separar con un tajo irracional y cruel su inteligencia de su voluntad: mientras se cultiva la primera, es necesario habitar la segunda á la prosecución de los actos virtuosos y del último fin. El que en la educación olvide la voluntad, concentrando todos los esfuerzos en la cultura del entendimiento, hace de la instrucción una arma peligrosa que pone en manos de malvados. Se añade la cultura del entendimiento á la malvolencia y frecuentemente á la fuerza, y contra esto no hay humano remedio.

Y la cosa aparece tan clara, que la reconocen, aunque á costa de contradicciones, los mismos que quieren ver excluida de la escuela la enseñanza religiosa; los cuales no limitan sus esfuerzos á solo la inteligencia, sino que también los extienden á la voluntad, haciendo que en las escuelas se enseñe una moral que llaman *civil ó natural*, y guiando á la juventud á la adquisición de las virtudes sociales y de ciudadanos. Pero, fuera de que una moral así hecha no puede guiar al hombre al altísimo fin á que le ha destinado la Divina Bondad en la visión beatífica de Dios, tampoco tiene fuerza bastante sobre el ánimo del niño para educarle virtuosamente y mantenerle firme en el bien, ni responde á las verdaderas y experimentadas necesidades del hombre, que es animal religioso en el modo que es animal social, y progreso ninguno de la ciencia pudo jamás arrancarle del ánimo las raíces profundísimas de la religión y la fe. ¿Por qué, pues, no valerse del Catecismo católico para educar en la virtud los corazones de los niños, pues que en él se contienen de la manera

más perfecta los gérmenes más fecundos de una sana educación?

La enseñanza del Catolicismo ennoblesca y ensalza al hombre en su propio concepto, conduciéndole á respetarse en todo tiempo á sí mismo, y á respetar á los demás.

Gran desventura es que muchos de aquellos que sentencian al Catecismo á salir de las escuelas, hayan puesto en olvido ó no piensen en lo que aprendieron en el Catecismo en su infancia. En otro caso, seriales muy fácil comprender cómo el enseñar al niño que es obra de las manos de Dios y fruto del amor que Dios libremente le ha profesado; que todo cuanto ve está ordenado á su servicio, como Rey y Señor que es de la creación; que es tan grande y vale tanto, que el mismo Hijo Eterno de Dios no desdeñó tomar su carne misma para redimirlo; que la sangre del Hombre-Dios ha bañado su frente en el bautismo; que de la carne del Cordero Divino se alimenta su vida espiritual; que el Espíritu Santo morando en él, como en templo vivo suyo, le infunde vida y virtud enteramente divinas; que el enseñarlo, decimos, todas estas cosas, es lo mismo que impulsarlo eficazísimamente á conservar la calidad gloriosa de hijo de Dios, y á hourarla con una vida de virtudes.

Comprenderían además que es lícito esperar mucho de un niño que en la escuela del Catecismo aprende que está destinado á fin altísimo en la misión y amor de Dios; á que se habitúa y apercebe á velar continuamente sobre sí mismo, y confortado con toda especie de auxilio para sostener la guerra que le dan enemigos implacables; que se adiestra en ser dócil y sumiso, acostumbándose á venerar en sus padres la imagen del Padre que está en los Cielos, y en el Principio la autoridad que viene de Dios y en Dios tiene su fundamento y majestad; que es enseñado á respetar en sus hermanos la so-

mejanza que brilla sobre su misma frente, y á reconocer bajo las miserables apariencias del pobre al mismo Redentor; que se ve salvo para siempre de dudas é incertidumbres por beneficio del católico magisterio, que lleva los títulos de su infalibilidad y autenticidad esculpidos en su divino origen, en el hecho prodigioso de su establecimiento en la tierra y en la abundancia de dulcísimos y saludables frutos que proporciona. Finalmente, entenderían que la moral católica, fortalecida con el temor del castigo y con la esperanza cierta de altísimos premios, no corre la suerte de la moral civil con que se quiere sustituir la religiosa; ni hubiera tomado nunca la funesta resolución de privar á la generación presente de tantas y tan preciosas ventajas, con desterrar de las escuelas la enseñanza del Catecismo.

Y decimos *desterrar*, pues la determinación de *conceder la instrucción religiosa solamente á aquellos niños cuyos padres la pidan expresamente, es del todo ilusoria*. No se puede, en efecto, comprender cómo los autores de la desgraciada disposición no han visto la sinistra impresión que debe causar en el ánimo del niño ver puesta la enseñanza religiosa en condiciones tan diversas de las otras enseñanzas. El niño que para ser estimulado á un estudio tiene necesidad de conocer la importancia y la necesidad de lo que le viene enseñado, ¿qué empeño podrá tener por una enseñanza hacia la cual la autoridad de la escuela se muestra ó fría ú hostil, tolerándola de mala gana? Y además, si hubiese (como no es difícil que los haya), padres que, ó por maldad de ánimo, ó mucho más por ignorancia ó desdén, no piensan en reclamar para sus hijos el beneficio de la instrucción religiosa, quedaría gran parte de la juventud privada de los más saludables documentos, con extremo daño, no sólo de aquellas almas inocentes, sino de

la misma civil sociedad. Y estando las cosas en tal estado, ¿no sería un deber del que preside las escuelas remediar en los otros la malicia ó el descuido? Esperando ventajas sin duda de consideracion, se pensó há poco tiempo hacer obligatoria por ley la instruccion elemental, obligando tambien con multas á los padres á enviar sus hijos á la escuela: y ahora, ¿cómo se podrá tener corazon para sustraer á los jóvenes católicos de la instruccion religiosa que indudablemente es la más firme garantia de sábia y virtuosa direccion dada á la vida? ¿No es crueldad pretender que estos niños crezcan sin ideas y sentimientos de religion; para que llegados al hervor de la adolescencia, se encuentren frente á frente de lisonjeras y violentas pasiones, desarmados, desprovistos de todo freno, con la certeza de ir á parar á las lubricas sendas del delito?

Causa verdadera pena en nuestro paternal corazon el ver las lamentables consecuencias de aquella deliberacion desatentada, y se exacerba todavía nuestra pena considerando que hoy son más fuertes y numerosos que nunca los incentivos para todo género de vicios. V. Emin, señor Cardenal, que por su elevado cargo de Vicario nuestro sigue de cerca las faces de la guerra que en nuestra Roma se hace á Dios y á su Iglesia, sabe muy bien, sin que nos entretengamos en hablar largamente de ello, cuáles y cuántos sean los peligros de pervertirse que la juventud encuentra: doctrinas perniciosas y subversivas de todo orden establecido, audaces y violentas conspiraciones en daño y en descrédito de toda autoridad legítima, y finalmente, la inmoralidad que sin obstáculo se dirige descaradamente por todas las vias á ofuscar las inteligencias y á romper los corazones.

Quando estos y semejantes asuntos se dan á la fe y á las costumbres, cualquiera comprende con cuánta

oportunidad se ha escogido el momento para quitar de las escuelas la educacion religiosa. ¿Quiérese, por ventura, con estas disposiciones, en vez de aquel pueblo romano que por su fe era celebrado en todo el mundo desde los tiempos apostólicos, y hasta nuestros dias fué admirado por la entereza y religiosa cultura de sus costumbres, formar un pueblo sin religion, disoluto, y ponerlo así en condiciones de bárbaro y salvaje? Y en medio de semejante pueblo, con insigne deslealtad pervertido, ¿cómo podría el Vicario de Jesucristo, el Maestro de todos los fieles, ver reverenciada su autoridad suprema, mantener con honor su augusta Sede, y atender respetado y tranquilo á las incumbencias de su ministerio pontificio? Hé aquí, señor Cardenal, las condiciones en que ya se nos ha puesto en parte, y que se nos aparecen para lo porvenir, si Dios no quiere poner límite á este encadenamiento de atentados, cada vez más reprobables.

Mas puesto que la Providencia, en sus adorables juicios, deja que esta prueba dure, si no está en nuestro poder mudar las condiciones de las cosas, es deber nuestro hacer todo esfuerzo para dulcificarla y porquó sean ménos sensibles los daños. De aquí la necesidad, no solamente de que los *Párrocos redoblen su diligencia y celo en la enseñanza del Catecismo*, sino que se llene con nuevos y eficaces medios el vacío que se hace por culpa de otros. No dudamos que el Clero de Roma tambien seguirá cumpliendo los sagrados deberes de su ministerio sacerdotal, y se aplicará con el más afectuoso esmero á preservar á la romana juventud de los peligros que amenazan su fe y su moralidad.

Estamos ciertos, por otra parte, de que las Asociaciones católicas que florecen en esta ciudad con gran provecho de la religion, concurrirán con cuantos medios están en su mano á

la santa empresa de impedir que esta esclarecida ciudad, perdiendo el carácter sagrado y augusto de religion y el envidiable timbre de ser la ciudad santa, venga á ser victima del error y teatro de la incredulidad. V. Emin., señor Cardenal, con la sagacidad y firmeza que le distingue, procure que se multipliquen los oratorios y las escuelas donde se reúnan los jóvenes para ser instruidos en la sagrada religion católica, en la que han nacido por especial gracia del cielo. Procure que, conforme se hace ya con gran fruto en alguna iglesia, algunos virtuosos y caritativos seculares, bajo la inspeccion de uno ó más sacerdotes, cooperen á enseñar el Catecismo á los niños, y procure tambien que los padres sean exhortados por los Párrocos respectivos á enviarlos sus hijos, y que les sea recordado tambien el deber que á todos incumbe de exigir en las escuelas para sus hijos la instruccion religiosa.

Ayudarán tambien las explicaciones del Catecismo á los adultos, las cuales deben establecerse en los lugares que se crean más á propósito, á fin de mantener siempre vivas en los ánimos las saludables enseñanzas que aprendieron cuando niños.

No dejaremos nunca de promover la piedad y de avivar siempre el empeño de los sacerdotes y de los laicos, poniéndoles á la vista la importancia de la obra, los méritos que adquirirán delante de Dios, delante de Nosotros y delante de la sociedad entera, y advirtiéndoles que procuraremos tener á los más activos en la debida consideracion.

No se nos oculta, por último, que para salir bien con nuestro propósito, ocupa tambien el subsidio de los medios materiales, los cuales no responden en proporcion de las necesidades. Y si obligados á vivir con el óbolo de los fieles, puestos, estos mismos en grandes angustias por los tiempos que corren tristes y turbios,

no podemos dar tanto como quisiera nuestro corazon, no dejaremos, sin embargo, de hacer todo aquello que nos sea permitido, para impedir el daño que por la descuidada educacion religiosa viene primeramente al niño y después á la misma civil sociedad.

Por lo demas, á todos nuestros planes y deseos es menester que preceda la invocacion del divino auxilio, sin el cual es vana toda esperanza de feliz éxito. Volvámolos, pues, á él, Sr. Cardenal; recomendando á V. Emin. ardientemente que exhorte al pueblo romano á elevar á Dios Nuestro Señor fervidas plegarias, para que en esta Santa Ciudad se mantenga íntegra la luz de la fe católica, que pretenden oscurecer ó extinguir del todo las sectas heréticas congregadas y la impiedad conspirando juntamente para destruir esta firmísima Piedra, contra la cual, como está escrito, las puertas del infierno no prevalecerán. En el corazon de los romanos es antigua la devocion á la Inmaculada Madre del Salvador; mas ahora, apremiando cada vez más el peligro, recurran más frecuentemente y con más intenso fervor á la que aplastó á la serpiente y venció á todas las herejías. En los dias que recuerdan solemnemente la memoria de los gloriosos Apóstoles Pedro y Pablo, póstrense reverentes en sus basílicas, y conjúrenles á interceder con Dios por la ciudad que santificaron con su propia sangre, y que hicieron depositaria de sus conizas, como en prenda de su incesante proteccion.

Hagamos dulce violencia de súplicas á los celestiales patronos de Roma, que con la sangre, con las obras del ministerio apostólico, con santos ejemplos, afirmaron más en el corazon de los padres la fe que se quisiera arrancar del pecho de los hijos; y Dios se moverá á piedad de nosotros y no permitirá que su religion sea hecha ludibrio de hombres malvados.